

LA AGRICULTURA VACCEA: ¿UN TOPOS LITERARIO? ENSAYO DE VALORACION

*Eduardo Sánchez Moreno
Departamento de Historia Antigua
Universidad Autónoma de Madrid*

I. Introducción

La dedicación agrícola de los vacceos es precepto tradicional del código de conducta de este pueblo¹. Dos son los factores principales que han contribuido a la *celebración* del agricultor vacceo. En primer lugar el potencial cerealístico de los campos de la cuenca central del Duero que, por familiar y latente, hemos solido retrotraer al pasado protohistórico de la región con pocos miramientos. La segunda premisa viene dada en cita literaria, la de Diodoro (V, 34, 3) acerca del particular método agrícola desarrollado por los vacceos, casi una exclusiva brindada por los clásicos sobre el régimen económico de un grupo prerromano.

El propósito de este artículo es hacer una revisión crítica de lo conocido sobre la agricultura vaccea en tiempo anterior a la consolidación de la presencia romana (s.V- finales s.II a.C., sin exhaustividad) con el fin de evaluar su alcance en la estructura socio-económica de dicho grupo. Rastreando tanto las fuentes literarias como las arqueológicas, intentaremos averiguar si el *colectivismo* fue el único dato destacable de la tradición agrícola de aquellas gentes, la amplitud de su valor, y si la imagen de agricultura potente y excedentaria que los textos clásicos conceden a los habitantes del Duero medio se confirma, se niega o está aun pendiente de contrastarse con los testimonios de naturaleza arqueológica conocidos a

día de hoy. Al tiempo, se realiza una revisión historiográfica —útil para comprobar enfoques y cambios de interés de los autores según qué momentos— y se plantea la situación actual de las cuestiones tratadas para, a partir de la misma, enunciar los aspectos pendientes de solución que debe abordar la investigación futura. En el fondo de este debate subyace la contemplación de los problemas derivados de las lecturas absolutas de la información, sea ésta literaria o arqueológico-analítica, y las dificultades inherentes a la integración de datos de distinta naturaleza en reconstrucciones históricas.

II. El registro textual

La noticia de Diodoro² llamó la atención a los humanistas del Renacimiento y desde entonces ha estado presente en el debate historiográfico hispano. De entre las numerosas contribuciones que salpican la bibliografía moderna, nos vamos a detener sólo en los hitos más señalados³.

Joaquín Costa (1917: 82-85; *id.*, 1983, II: 173-175) identificó literalmente la *comunidad agraria vaccea* con un sistema de *socialismo agrario*; en realidad lo integró en la apología del comunismo primitivo de los pueblos prerromanos del interior, en clara oposición a la agricultura capitalista de su época que el pensador aragonés pretendía combatir con su conocida postura antiliberal. Años después, J. M^a. Ramos Loscertales (1941: 10-16), y en su estela J. Maluquer (1954: 170-171) consideraron esta práctica agrícola como un sistema propio de los pueblos celtas en emigración, con gran movilidad y todavía sin asentar plenamente, interpretación que se ajustaba muy bien al esquematismo de las oleadas invasionistas celtas en boga durante tantas décadas⁴. Julio Caro Baroja (1943, inicialmente; para insistir en obras más generales como 1976: 170-174; *id.*, 1986: 61-63) corrige la asignación de *comunismo* por la de *colectivismo*, y habla así de la «cultura colectivista agraria del valle del Duero occidental» como una de las regiones geo-culturales de la Iberia antigua definida por tan particular régimen económico (mantenido en recopilaciones posteriores como la de J. M^a. Blázquez, 1969: 231-231). Según Caro, el colectivismo sería algo extendido desde siglos atrás en Europa y Oriente, pero su puesta en funcionamiento lejos de significar un igualitarismo social pleno como pensaban los sociólogos desde fines del XIX, no estaría reñida con la existencia de

estratificación social, pues para el caso vacceo sugiere que el sorteo del trabajo de las parcelas y del reparto de las cosechas se haría entre las grandes familias y linajes, bajo el control de los jefes del clan. El colectivismo agrario, por lo demás, establecería un nuevo estadio en el proceso evolutivo de la práctica agrícola en el mundo antiguo, que vendría caracterizado por el funcionamiento de explotaciones a gran escala y por un alto rendimiento, tal como asume F. Wattenberg (1959: 19-20). Sin salirnos de la década de los cincuenta, Carmelo Viñas Mey (1959: 40-42) veía en lo mismo el resultado de la fusión de una cultura agrícola con otra pastoril⁵ y de la introducción del cultivo con arado, siguiendo los argumentos de Caro Baroja. El sistema agrícola vacceo marcaría un nivel de desarrollo superior al de otras economías prerromanas, pues exigiría mayores extensiones de cultivo, grandes almacenes y una producción que superase la base familiar a pequeña escala. Más recientemente, Marcelo Vigil (1973: 258-259) retoma parcialmente los planteamientos de Costa para hacer de la propiedad colectiva del suelo, y del trabajo comunitario de los grupos gentilicios, lo característico del régimen socio-económico de los pueblos del centro peninsular. En este sentido, Vigil y algunos de sus discípulos como M. Salinas (1982: 46-47), asociando el régimen agrícola vacceo con la propiedad comunal de la tierra (aspectos que no implican la misma realidad), hacen extensivo el trabajo colectivo descrito por Diodoro a otras *comunidades tribales* vecinas a los vacceos, principalmente a los vetones, idea que ya había sido sugerida por J. Caro Baroja (1943) y J. Maluquer (1954: 170-171). A favor de la prolongación del colectivismo vacceo hasta el espacio vetón, M. Salinas emplea la cita de Frontino (*De agrorum qualitate*), que señalaría la existencia del régimen de propiedad colectiva entre los vacceos de *Pallentia* y los vetones de *Salmantica*⁶. No obstante, en un trabajo de revisión posterior este autor concluye que el texto frontiniano no demuestra la existencia de propiedad comunal (*vide infra*), sino que se refiere a una forma de calcular la tributación correspondiente de forma global a palentinos y salmantinos como miembros de *civitates stipendiariae* (Salinas, 1989).

Hace más de diez años que A. Domínguez Monedero, tras revisar las distintas interpretaciones vertidas sobre el colectivismo agrario, señalaba que «la finalidad básica del sistema consiste en garantizar los medios económicos suficientes para que el grupo social pueda sobrevivir frente a grupos extraños, y frente a los condicionamientos geográficos, por medio

del mantenimiento de una gran cohesión social, fundamentada en la posesión en común de las bases económicas, tanto agrícolas como pastoriles, y obtenida mediante la aplicación a la agricultura de los principios básicos que regulaban la vida de las sociedades pastoriles nómadas» (Domínguez Monedero, 1988: 61). A juicio de este autor representa la pervivencia de una tradición político-económica propia de un pueblo pastoril que pasa a ser agricultor, tradición que queda fosilizada como forma económica autóctona y residual en el ambiente vacceo (Domínguez Monedero, 1988: 60-62).

Tal como se ha insinuado, muchas de las opiniones aludidas hasta el momento dan por hecho que un trabajo colectivo como el vacceo se desarrolla dentro de sistemas sociales en los que la propiedad de la tierra es también colectiva. Siguiendo con esta asunción, tradicionalmente se acepta que con la romanización el sistema de propiedad entre vacceos pasa del colectivismo a la tenencia privada de forma paralela al proceso de disolución de los lazos gentilicios en favor de relaciones de dependencia vertical (por ejemplo, González-Cobos, 1989: 220-222), a pesar de algunas excepciones⁷. Sin embargo, no está claro que si bien el trabajo y el sistema de recolección parecen ser de tipo comunal entre los vacceos, el reparto de tierras y la posesión de las mismas también lo fueran de forma absoluta, pues no pocas veces estarían en manos de grupos minoritarios *posesores* (González-Cobos, 1990: 439). T. Mañanes (1991: 255) cree que ese reparto igualitario se haría entre las grandes familias, pues defiende una sociedad jerarquizada, con esclavos incluso, como ya había anunciado F. J. Lomas (1980: 93-94) en la órbita de Caro Baroja.

Que sepamos, la última revisión crítica del tema se debe a Manuel Salinas (1989; *id.*, 1990), quien parece avanzar con relación a posturas mantenidas anteriormente. Este autor pone en tela de juicio la aceptación de la propiedad colectiva para todo el pueblo vacceo y en todo su desarrollo histórico, a partir del único y excepcional dato proporcionado por Diodoro. Piensa, contrariamente, en un predominio de la propiedad privada, y que el colectivismo vacceo se desarrolló, en todo caso, sobre un porcentaje reducido de la tierra, como una respuesta de emergencia para hacer frente a las necesidades de tipo económico y militar en tiempos de la conquista romana, que es el momento en el que las fuentes —probablemente Polibio, de quien bebió Diodoro—, transmiten la noticia de los vacceos. Por último, considera que sólo un órgano como la ciudad-estado te-

nía el poder suficiente para implantar ese régimen especial y coyuntural (Salinas, 1990: 435). En definitiva, cree abusivo el recurso generalizador de Diodoro como base demostrativa de este debatido sistema de propiedad, y prefiere, ante la imposibilidad de avance por esa línea, aislar el testimonio del historiador sículo sin necesidad de seguir exprimiendo lo que ya no puede dar más jugo (Salinas, 1989: 106, 109).

Nos resulta sumamente difícil ofrecer una opinión personal sobre el tan trillado *colectivismo agrario vacceo*, o al menos una opinión diferente a las expuestas. Descartaríamos la interpretación del sistema propio de un pueblo en migración, deudora de la corriente celto-invasionista que venimos criticando (Sánchez Moreno, 1995), y la del régimen resultante de la fusión de prácticas agrícolas con otras pastoriles adaptadas en momentos distintos, pues a la larga esta base agro-pecuaria ha sido el comportamiento económico de la totalidad de las civilizaciones pre-industriales y no todas han generado sistemas comunales. El trabajo agrícola vacceo debió ser un caso excepcional, por eso llamó la atención de los clásicos que lo pudieron singularizar debido a que los resultados de esa forma de trabajo destacaban acaso también por su productividad. Consideramos acertado en general el análisis crítico y directo que realiza M. Salinas (1990), y en este sentido la clave para precisar cuándo y cómo funcionó el *colectivismo vacceo* reside en atender a las circunstancias de las fuentes de información de las que se sirvió el autor de la *Biblioteca Histórica*.

Unánimemente se reconoce que Polibio es el punto de partida del que extraer las primeras noticias relativas al espacio peninsular⁸, escenario que el mismo cronista griego pisó a mediados del s.II a.C. (Pédech, 1964: 555-560). Al margen de que Diodoro recogiera la noticia que nos ocupa de Polibio directamente, o más probablemente de forma secundaria a través del *transbordo* que representa la obra de Posidonio, en cualquiera de los casos el relato proviene del contexto histórico-literario en que escribe Polibio. Sabido es que el historiador de Megalópolis acompañó a Escipión bien fuera en la toma final de Numancia en el 133 a.C. como generalmente se piensa o en la campaña del cónsul Lúculo a tierras vacceas en el 151 a.C. como propuesta alternativa (Sancho, 1973: 24-33; Pérez Vilatela, 1989: 251, nota n°1, con la discusión bibliográfica). La descripción de Polibio estuvo basada en lo que sus propios ojos vieran del campo vacceo (ciudades de *Cauca*, *Intercatia* y *Pallantia*), independientemente de que arribara allí en la primera expedición bajo las órdenes de

Lúculo o que lo hiciera en la campaña del 134 a.C. al Duero medio, antesala preparatoria y estratégica del ataque posterior a Numancia diseñado por Escipión. Con esto estamos proponiendo, sin dejar de reconocer lo limitado de nuestra suposición y dando por hecho que los pormenores sobre el régimen vacceo son directamente observados por el cronista griego y no que provengan de fuentes anteriores (historiadores griegos al servicio de Aníbal), que Polibio narra el sistema agrícola que los vacceos despliegan en un momento crítico de lucha y conquista, que les sirvió para auxiliar y abastecer las demandas alimenticias de los numantinos. Un sistema agrícola vacceo potente y fructífero que ocasiona precisamente que Escipión, como ya antes hubieran intentado otros generales, busque su colapso asolando la campiña vaccea. Este sería el contexto de la noticia que se nos ha conservado de forma aislada en un pasaje de Diodoro⁹.

Ahora bien, ¿el *colectivismo vacceo* es exclusivo del tiempo de la guerra celtibérica, mediados del s.II a.C. *grosso modo*, o podemos dilatarlo desde varios siglos antes? ¿fue un hecho en todas las comunidades vacceas o sólo en las que se vieron afectadas por el conflicto numantino? Si hemos de ser sinceros, las respuestas se nos antojan imposibles. Nos inclinamos a pensar (aquí sí que con un argumento tan volátil como es el que se apoya en la simple sensación personal), que la colectividad laboral de los vacceos, la cual para nosotros tampoco tiene por qué llevar implícita la idea de propiedad colectiva en exclusiva, fue una actuación más o menos coyuntural de las principales *urbes* citadas por las crónicas de conquista, consecuencia de una determinada —llamémosla— *presión*. Pero esta contestación no significa que la economía agrícola vaccea no estuviera desarrollada desde mucho antes, o dicho de otra forma, no estuviera produciendo desde antiguo un cuantioso excedente con el cual comerciar con —o auxiliar a— otros pueblos y en otros momentos, producción excedentaria que por otra parte pudo provocar el ataque y acopio de otros grupos. Seguro que sí, pero ignoramos la forma organizativa que lo generaba.

En fin, para concluir este debate resumimos nuestra posición. No desconfiamos de la noticia de Diodoro a la que contemplamos como histórica en sentido *laxo*¹⁰, pero reconocemos su carácter huérfano de contexto, aspecto que no resulta banal aunque muchos autores han hecho caso omiso del mismo elevando sobre la noticia de Diodoro lecturas históricas totales y diáfanas con gran facilidad. Recurriendo a la atmósfera en que nace la noticia (la guerra romana contra los arévacos, o mejor contra

el frente arévaco-vacceo, en ojos de Polibio; presunción en absoluto cierta) concluimos que el llamado *colectivismo agrario vacceo* se documenta¹¹ como respuesta que algunas comunidades vacceas desmontan para abastecer a los numantinos en tiempos de fuerte amenaza bélica. La duda estriba en saber si el sistema se había desarrollado con anterioridad y de forma generalizada en el territorio de aquel pueblo. Lo desconocemos, pero pensamos que por el momento sólo nos es lícito utilizar el término *colectivismo agrario vacceo* al hablar del tiempo de la guerra celtibérica. Sin embargo, creemos que el potencial cerealístico forma parte de la economía vaccea desde mucho antes —seguidamente vamos a dar razones para apoyarlo—, aunque no sabemos en qué forma se organizó. Factiblemente no hubo un sistema único, cada *civitas* u *oppidum* pudo ofrecer soluciones locales, y la propiedad colectiva, supuestamente originaria, no debió estar reñida con la individual, que en nuestra opinión se desarrollaría antes de la llegada de los romanos en contra de lo tradicionalmente figurado, tal como indican los síntomas de jerarquización social y desarrollo urbano detectables no sólo en las fuentes clásicas sino también en el perfil arqueológico vacceo.

Hay más datos extraídos del registro literario que avalan la pujanza cerealística de la economía vaccea. Es bien conocida la interesante explicación que Domínguez Monedero (1986) ofrece sobre las razones de la campaña de Aníbal a aquellas tierras (220 a.C.): el objetivo planeado por el caudillo bárquida fue la obtención de un suministro regular de trigo de los campos cerealísticos vacceos, con grandes excedentes gracias a la rentabilidad de su peculiar sistema económico (el colectivismo que Domínguez Monedero hace exclusivo y característico de los habitantes del Duero medio; *id.*, 1988: 48), que sirviese de aprovisionamiento de cara a la expedición anibálica hacia Italia. Esta tesis, convincente en nuestra opinión, encontraría una confirmación posterior en el comentado excedente agrícola que sirvió para asistir a numantinos y arévavos en su lucha contra Roma (Apiano, *Iber.*, 51-55, 80-83 y 88-89). De la lectura de las fuentes de conquista se sigue bien que las campañas de Lúculo (151 a.C.), Emilio Lépidio (137 a.C.), Calpurnio Pisón (135 a.C.) y la ulterior de Escipión Emiliano (134-133 a.C.) contra las ciudades de *Pallantia*, *Cauca* e *Intercatia* tuvieron como meta principal la destrucción de las cosechas de la región vaccea que se habían convertido en el *granero* de Numancia¹² (Sánchez Moreno, e.p.). Este móvil se complementarí­a con otros logros como la ob-

tención de botines y éxitos personales, o la captura de rehenes. Finalmente, de las incursiones de pillaje (cosechas y otras riquezas en el punto de mira) que los astur-cántabros llevan al valle medio del Duero en época ya tardía (Floro, II, 33, 46-47; Orosio, VI, 21, 3), también se desprende la riqueza agrícola del pueblo que estamos analizando. De hecho, este comportamiento se ha tomado como una de las razones que motivaron la conquista final del norte hispano por parte de Augusto¹³.

III. El registro arqueológico

La semblanza agrícola vaccea quedaría renca si no tomáramos en cuenta el apoyo arqueológico¹⁴. Su fuerte arraigo nos viene demostrado en distintos testimonios. En primer lugar contamos con estructuras de almacén bien definidas en *oppida* como los de Las Quintanas de Padilla de Duero, el Soto de Medinilla o El Cerro del Castillo en Montealegre, provincia de Valladolid, donde aparecen en estancias adjuntas a áreas de vivienda un buen número de vasares, depósitos de semillas y restos de grano calcinado esparcidos por el suelo (en último lugar, Heredero, 1995: 262-264). Se ha de apuntar que las plantas de las casas no responden a un tipo definido, sino que desde tiempos del horizonte Soto II, y manteniéndose en los siglos posteriores, conviven estructuras cuadrangulares con otras circulares, lo cual ha sido interpretado por algunos autores como indicio de una especialización funcional dentro de los hábitats¹⁵. En el interior de otras viviendas se identifican sótanos y silos a modo de almacenes domésticos con oficio más o menos diferenciado.

Una deducción económica similar se extrae de los molinos pétreos circulares o fijos, bien atestiguados en puntos como Padilla de Duero, a pesar de la pervivencia de los de tipo barquiforme y de la escasez de materias pétreas en el espacio natural vacceo. Algo característico de la cultura material vaccea es la miniaturización de algunas piezas de ajuar, no sólo cerámicas (bandejitas, vasitos geminados, cajitas tetrápodos), sino también metálicas (tijeras, parrillas, cuchillos, pinzas, *simpula*, punzones, trébedes, navajas de afeitar, clavos...), entre las que hay que señalar la presencia de evidentes útiles agrícolas realizados en hierro (azadas, hachas, etc.). Este gusto por las representaciones aminoradas es muy representativo de los cementerios de Palenzuela, Cuéllar y con menos profusión de

Las Ruedas, y se desarrolla especialmente en momentos tardíos, teñidos de romanidad inicial, en que parecen acontecer ciertos cambios de conducta en los enterramientos (Martín Valls, 1984: 39, 43; Blasco, 1987: 324; Martín Valls/Esparza, 1992: 274). Se han puesto en relación tradicional con enterramientos infantiles, aunque su confirmación nunca es absoluta, y el simbolismo que traslucen puede tener un alcance más complejo que esa lógica asociación (Segarra, 1997: 292-295), amén de ser indicadores de la realidad cotidiana de actividades como la agricultura, la carpintería, la construcción, el esquileo, la confección textil, labores relacionadas con el fuego, etc. En proporción menor también se han descubierto en poblados vacceos herramientas de trabajo a escala natural y otras piezas indeterminadas forjadas en hierro, pero la exigüidad de excavaciones intensivas en el interior de los hábitats limita la información sobre estos hallazgos.

Lo que sí nos parece ciertamente anómalo en una economía agrícola como la sugerida para la sociedad vaccea, es la no constatación de rejas de arado en sus hábitats, en contraposición con yacimientos de la meseta oriental (Izana, Luzaga, Arcobriga, Valdenovillos en Soria; Turmiel en Guadalajara, por ejemplo), del alto valle del Ebro y de las montañas septentrionales, donde hacen acto de presencia aunque en fechas relativamente tardías (Barril, 1992; *ead.*, 1993; *ead.*, e.p.). Prácticamente lo mismo cabe decir de otros aperos propios de la preparación del terreno, siembra y recolección agrícola, caso de hoces, horcas, aguijadas, azadas, azuelas-azadillas, corquetes, etc. (para su definición y tipología, *vide* Mingote, 1996) que se documentan con más asiduidad en núcleos celtibéricos¹⁶, vetones¹⁷ o ibéricos levantinos¹⁸, que en los propiamente vacceos. Probablemente la explicación radique, una vez más, en lo somero de las intervenciones arqueológicas en el interior de los *oppida* de la cuenca central durriense¹⁹, sin olvidar el uso de aperos en materia perecedera y el aprovechamiento del instrumental metálico de cara a la refundición (reconversión en armamento en momentos de amenaza generalizada, como son los últimos siglos antes del cambio de era) teniendo en cuenta además que los filones ferruginosos no son precisamente abundante en el solar vacceo. Curiosamente también hay ausencia de datos arqueológicos —no iconográficos— sobre el arado prerromano en otra de las zonas agrícolas más prósperas de Hispania, la Turdetania.

Por último, sólo muy indirectamente los hallazgos de *pondera* y fusayolas reflejarían el desarrollo de cultivos de plantas con fines textiles,

caso del lino (Alfaro, 1984). Estos instrumentos relacionados con el telar afluyen especialmente en las necrópolis, formando parte del ajuar de sepulturas que parecen corresponderse con mujeres, así al menos en Las Ruedas (Sanz, e.p.). Si nos guiamos por la decoración plasmada en otras manufacturas vacceas, como la cerámica o la joyería, las prendas de vestir mostrarían ricas figuraciones, formas y coloridos que llamarían la atención de observadores forasteros (Estrabón, III, 3, 7 y III, 4, 17, como referencia amplia así lo denota).

Pasando a otro tipo de testimonio, el desarrollo de la arqueobotánica en los últimos tiempos está multiplicando con gran notoriedad las perspectivas en el conocimiento de los cultivos antiguos. Esto ha sido puesto de manifiesto especialmente en el ámbito vacceo a través de análisis carpológicos, palinológicos y antracológicos (Delibes *et alii*, 1995; Romero/Ramírez, e.p). En concreto el estudio de los restos de semilla, grano y frutos recuperados en las excavaciones, trabajo que define a la carpología como disciplina, ha precisado mucho el colorido y la forma de la *despensa vaccea*.

La analítica aplicada a las muestras procedentes del nivel vacceo (Hierro II) de los yacimientos de Cerro del Castillo (Montealegre de Campos), Era Alta (Melgar de Abajo), La Mota (Medina del Campo), Las Quintanas (Padilla de Duero) y Soto de Medinilla, determina la siguiente información tocante a las especies cultivadas (Cubero, 1995; Cubero/Ibáñez, e.p.). El cereal más representativo es sin duda el trigo (Téllez/Ciferri, 1954). Se documenta tanto el tipo desnudo común (*Triticum aestivum/durum*), como variantes de trigo vestido, la escanda (*Triticum dicoccum*) y la esprilla (*Triticum monococcum*). En menor proporción también están presentes la cebada vestida (*Hordeum vulgare*), más escasamente la variedad desnuda (*Hordeum vulgare var. nudum*), el mijo (*Panicum miliaceum*), la avena y la haba (*Vicia faba*)²⁰. Especies como el trigo y la cebada suelen tener dos épocas de siembra, primavera y otoño, la más frecuente. Son cultivos esencialmente de secano, aunque se han atestiguado especies que podrían vivir en nichos húmedos, tal vez las riberas del río o zonas de aguas estancadas. Por la cronología de las muestras analizadas, se puede afirmar que el trigo común se cultivaba desde el s.VIII a.C. y continuaba produciéndose en las décadas finales del s.I a.C. (Cubero, 1995: *passim*).

A tenor de estos datos, podemos pensar en una dieta alimenticia vegetal de base cerealística, con gran riqueza de hidratos de carbono y via-

ble para la preparación de sémolas/harinas, panes y bebidas fermentadas²¹. La cariópside de la cebada se aprovecharía para la elaboración de bebidas alcohólicas como cervezas (*zythos, caelia*) y maltas, además de para la alimentación de ganados, junto con su paja. Los granos pelados, sin germen, pulidos y redondeados constituyen la cebada de perlada. La cebada es asimismo un cereal apto para hacerse pan, aunque suele mezclarse con trigo. El mijo se emplearía para confeccionar panes, gachas; puede consumirse cocido como el arroz o hacerse levadura. Para el ganado se destinaría la paja, en verde o en heno, ya seca. También se utiliza como grano para aves. Los trigos sin duda fueron el componente esencial en la elaboración de harinas y en la panificación, como en nuestros días. El *Triticum durum* por su alto contenido en gluten es empleado para hacer sémolas, pero las variantes vestidas con cáscara también pudieron ser molidas sin dificultad en las muelas de piedra abundantemente representadas en algunos yacimientos (Cubero, 1995: 391-392).

No hay que olvidar la importancia de la recolección silvestre como complemento de la economía agrícola. Dentro de esta actividad destaca la recogida de bellotas. Son una fuente alimenticia rica en hidratos de carbono, grasas, con alto contenido en proteínas y fibra; asimismo no plantean problemas de conservación. Además de abastecer al ganado, especialmente el porcino, la bellota puede ser consumida por el hombre en forma de harina, gachas, pan o torta, después de recibir un tratamiento encaminado a la eliminación del componente tanino que le haga disminuir el sabor amargo que le caracteriza. De ello dan cuenta los textos clásicos al hablar repetidas veces de un pan hecho con harina de bellotas (Estrabón, III, 3, 7; Plinio, *N.H.*, XVI, 15; Varrón, 67, 16) del que se alimentaban habitualmente los pueblos del interior²². La constatación de este fruto es tangible en muestras calcinadas procedentes de numerosos yacimientos meseteños de la Edad del Hierro. En tierras vacceas también fue frecuente el aprovechamiento de plantas silvestres como setas y hongos, recolectadas periódicamente al igual que los frutos del bosque (piñones, moras, fram-buesas, avellanas, zanahorias silvestres) o ciertas herbáceas como las hor-tigas, bien documentadas en La Mota de Medina del Campo, y probablemente empleadas para caldos e infusiones. Además, deben citarse algunos usos medicinales de ciertas especies, como el vencetósigo (*Vincentoxicum*), cuyas raíces contienen propiedades eméticas contra el veneno (Cubero, 1995: 390-391). La reconstrucción paleoambiental²³ señala que en zo-

nas húmedas son habituales plantas como narcisos, jacintos, campánulas, juncos, lirios, helechos, musgos, así como vezas, ajos, valeriana, cantueso, madre selvas, etc., que componen el cortejo florístico del sotobosque. En puntos más secos la flora predominante es el brezo y diversas clases de espiguillas silvestres, como el llantén, la ortiga, el quenopodio, el zurrón del pastor y las malas hierbas (*Urticaceae*), que hay que relacionar con praderas pobres en zonas baldías y pedregosas (Mariscal, 1995: 344-345; Yll, 1995: 365-369).

Volviendo al trabajo sobre los campos de labor, quizá la agricultura vaccea no estuvo limitada a los cultivos de secano. La práctica del regadío ha sido defendida recientemente con fuerza por San Miguel (1995). Según este autor hay indicios de su puesta en funcionamiento en pistas indirectas como la constatación de determinadas especies cultivables únicamente mediante el sistema de regadío en zonas como la Celtiberia además de en el valle del Duero, tal como señalan los análisis carpológicos; o el bronce latino de Botorrita, la *Tabula Contrebiensis* (Fatás, 1980; Pérez Vilatela, 1991-92), recogiendo unas disposiciones jurídicas referidas a la utilización del suelo y las aguas de regadío entre varias comunidades de la Celtiberia Citerior a inicios del s.I a.C. Pero existirían otras pruebas directas de regadío en la cuenca media del Duero (San Miguel, 1995: 378). La principal sería la proximidad de tierras húmedas a los poblados, superficies susceptibles de ser regadas mediante el sencillo sistema de riego por pie en las zonas de vega que haría rápidamente rentable la inversión que requieren obras de construcción *hidráulica* de represas, canales y acequias, testimoniadas incluso por las fuentes²⁴.

IV. En busca de un balance integrador

Poco más es lo que podemos concretar sobre los sistemas de cultivo, los métodos de labranza²⁵ y la propiedad de la tierra entre los vacceos anterromanos. Respecto a esta última, en la actualidad nos parece algo obsoleta la idea clásica de entender los pastos y parcelas de cultivo, en su totalidad, como espacios comunales que se fueron desintegrando en manos particulares, debido a factores acostumbrados a aparecer en la bibliografía desde tiempo atrás (la falta de tierras por un reparto desigual de la misma, la creciente desigualdad social puesta de manifiesto por ejemplo

en los ajuares funerarios, el *bandolerismo*, la irrupción romana...). En nuestra opinión no existen datos elocuentes para sostener la exclusividad de la propiedad comunal. Somos conscientes de la insuficiencia informativa, pero el desarrollo de patrones urbanos y de formas complejas de organización socio-económica entre los vacceos, perceptibles por la arqueología y rastreables en un análisis contextual de los datos literarios, nos lleva a sugerir la simultaneidad desde fechas prerromanas de tenencias comunitarias bajo el control del *oppidum* como centro primario y en coyunturas determinadas (Diodoro, V, 34), con otras privadas, en manos de familias o individuos destacados. La explotación económica estaría dirigida por las cabezas rectoras de las *civitates* vacceas y se desarrollaría en las tierras dispuestas dentro del espacio controlado por aquéllas. Los núcleos situados en las terrazas del interfluvio Duero-Pisuerga con suelos aluviales, zonas parameras como el valle del Esgueva y algunos enclaves próximos a las campiñas meridionales, *a priori* dispondrían de las mejores tierras de producción cerealística.

En fin, a pesar de las muchas lagunas de información, de la ausencia de ciertos datos claves y de los riesgos que conlleva generalizar en exceso, no creemos que haya razones suficientes para rechazar el carácter superior y evolucionado que las fuentes literarias deducen de la agricultura vaccea²⁶. En ella el cultivo de cereales ostenta la primacía —con el trigo a la cabeza—, pero no parecen estar ausentes la aplicación del regadío y el mantenimiento de hábitos tradicionales como la recolección (con un fuerte peso en la dieta alimenticia), facilitado por el determinismo de un espacio vegetal denso y heterogéneo. Otra cosa es hacer de esta actividad primaria la expresión única de la economía vaccea; extremo a desmentir si tuviéramos tiempo para verificar la consolidación de otros sectores económicos entre los pobladores del valle medio del Duero, en especial trabajos artesanales como la alfarería, con una producción de carácter casi industrial, la actividad textil, y prácticas comerciales facilitadas por la abundancia de recursos locales de tanta importancia como el trigo y la arcilla; todo ello fuera del alcance de este artículo centrado exclusivamente en la agricultura.

No obstante ha de reconocerse que la arqueología, si bien parece empezar a demostrar una producción agrícola de riqueza y variedad relativas en los últimos siglos del I er. milenio a.C., todavía está lejos de corroborar el volumen de excedente necesario para asumir sin opción a du-

das la circulación de trigo que, a partir de los textos, la conexión vacceo-arévaca o la interpretación *cerealística* de la campaña de Aníbal al Duero pudieran poner de manifiesto.

Aun siendo muchos los datos que permanecen ocultos y muchas también las cuestiones necesitadas de revisión e investigación, convendría estimar toda la información de que se dispone para el estudio de la agricultura prerromana de la manera más detallada, abierta y contrastada, haciendo propio el mensaje del oportuno dicho «*el grano de trigo no hace granero pero ayuda al compañero*».

Bibliografía

- ALFARO GINER, C. (1984); *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la Romanización*, Madrid.
- ALONSO-NÚÑEZ, J.M. (1987); «Los vacceos en Estrabón», *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 56, pp. 7-12.
- AULADELL I MARQUÉS, J. (1993); «Metal·lúrgia i útils fèrrics agrícoles/ramaders prerromans a l'àrea laietana», *Gala*, 2, pp. 227-236.
- BARRIL VICENTE, M. (1992); «Instrumentos de hierro procedentes de yacimientos celtibéricos de la provincia de Soria en el Museo Arqueológico Nacional», *Boletín del Museo Arqueológico nacional (Madrid)*, 10, pp. 5-24.
- BARRIL VICENTE, M. (1993); «¿Tumba de labrador? celtibérico procedente de Turmiel (Guadalajara) en el Museo Arqueológico Nacional», *Boletín del Museo Arqueológico nacional (Madrid)*, 11, pp. 5-16.
- BARRIL VICENTE, M. (e.p.); «Arados prerromanos de la Península Ibérica: las rejas y su distribución zonal en el interior peninsular», en Burillo, F. (Coor.), *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía (Daroca, Zaragoza; septiembre, 1997)*.
- BLASCO BOSQUED, M^a.C. (1987); «La España Céltica: La II Edad del Hierro en la Meseta», *Historia General de España y América*, I-2, Madrid, pp. 297-329.
- BLASCO BOSQUED, M^a.C., ALONSO SÁNCHEZ, M^a.A. (1985); *Cerro Redondo. Fuente del Saz del Jarama, Madrid*. Excavaciones Arqueológicas en España, n^o 143, Madrid.

- BLASCO BOSQUED, M^a.C., ALONSO SÁNCHEZ, M^a.A. (1986-87); «Paralelos arquitectónicos entre la Meseta Norte y el Alto Tajo durante la II Edad del Hierro», *Zephyrus*, 39-40, pp. 159-168.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M^a. (1969); «Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica», en Tarradell, M. (dir.), *Estudios de Economía Antigua de La Península Ibérica*, Barcelona, pp. 191-269.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M^a. (1987); «Joaquín Costa y la Historia de la España Antigua», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 4, pp. 119-142.
- CABERO DIÉGUEZ, V., CASCOS MARAÑA, C. y CALONGE CANO, G. (1987); *Geografía de Castilla y León. 3, Los espacios naturales*, Valladolid.
- CABO ALONSO, A. (1956); «El colectivismo agrario en Tierra de Sayago», *Estudios Geográficos*, n^o 65.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1930); «Excavaciones de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). I, El Castro», *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 110, Madrid.
- CALONGE CANO, G. (1995a); «Rasgos básicos del medio físico correspondiente al territorio vacceo del valle medio del Duero», en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp. 19-46.
- CALONGE CANO, G. (1995b); «Interpretación de los resultados de las investigaciones mediambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero», en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp. 529-539.
- CARO BAROJA, J. (1943); «Regímenes sociales y económicos de la España prerromana», *Revista Internacional de Sociología*, I, pp. 149-190 y II, pp. 285-317.
- CARO BAROJA, J. (1976); *Los pueblos de España, I-II*, Barcelona (1^a edición, 1946).
- CARO BAROJA, J. (1986); *Ciclos y Temas de la Historia de España. España Antigua (conocimiento y fantasía)*, Madrid.
- CHAMPION, T.C. (1985); «Written sources and the study of the European Iron Age», en Champion, T.C. y Megaw, J.V.S. (eds.), *Settlements and society. Aspects of West European Prehistory in the First millennium B.C.*, Leicester, pp. 9-22.

- COSTA y MARTÍNEZ, J. (1891-95); *Estudios ibéricos*, Madrid.
- COSTA y MARTÍNEZ, J. (1917); *La religión de los celtíberos y su organización política y civil*, Madrid.
- COSTA y MARTÍNEZ, J. (1983); *Colectivismo agrario en España, I-II* (Edición de C. Serrano; 1ª edición, 1898), Madrid.
- CUBERO CORPAS, C. (1995); «Estudio paleocarpológico de yacimientos del valle medio del Duero», en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp. 371-394.
- CUBERO CORPAS, C. y IBÁÑEZ GONZÁLEZ, E.J. (e.p.); «Agricultura y recolección», en Burillo, F. (Coor.), *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía (Daroca, Zaragoza; septiembre, 1997)*.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑIZ, A. (Eds.) (1995); *Arqueología y Medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1986); «La campaña de Aníbal contra los Vacceos: sus objetivos y su relación con el inicio de la 2ª Guerra Púnica», *Latomus*, 45, pp. 241-258.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1988); «En torno a algunos aspectos socio-económicos de la cultura vaccea: estado de la cuestión», *Caesaraugusta*, 65, pp. 23-76.
- FATÁS CABEZA, G. (1980); *Contrebia Belaisca II. Tabula Contrebiensis*, Zaragoza.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1986); *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda (Ávila)*, I y II, Ávila.
- FRANCISCO MARTÍN, J. de (1989); *Conquista y romanización de Lusitania*, Salamanca (2ª edición, 1996).
- GARCÍA QUINTELA, M.V. (1991); «Sources por l'étude de la Protohistoire d'Hispanie. Pour une nouvelle lecture», *Dialogues d'Historie Ancienne*, 17, pp. 61-99.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., PÉREZ LARGACHA, A., y VALLEJO GIRVÉS, M. (1995); *La imagen de Hispania en la Antigüedad Clásica*, Madrid.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Mª.C. (1988); «Notas para la consideración del desarrollo histórico desigual de los pueblos del norte de la Península Ibérica», *Veleia*, 5, pp. 181-187.
- GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, A. (1989); *Los vacceos. Estudio sobre los pobladores del valle medio del Duero durante la penetración romana*, Salamanca.

- GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, A. (1990); «Consideraciones en torno a la economía vaccea. Evolución de la misma», *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, vol.II, Zamora, pp. 437-444.
- HEREDERO GARCÍA, R. (1993); «Casas circulares y rectangulares de época vaccea en el yacimiento del Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid)», en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z. (Eds.); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid, pp. 279-302.
- HEREDERO GARCÍA, R. (1995); «Notas sobre la Edad del Hierro en el yacimiento de El Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid)», en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñoz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp. 247-269.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., RODRÍGUEZ LÓPEZ, D., SÁNCHEZ SÁNCHEZ, A. (1986-87); «Hallazgo in situ de unos útiles de trabajo», *Zephyrus*, 39-40, pp. 419-432.
- IGLESIAS GIL, J.M. (1992); «Los pueblos prerromanos del norte de la península Ibérica y su espacio agrario», *Hispania Antiqua*, 16, pp. 81-103.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., TRANCHO, G.J., MORALES HERNÁNDEZ, F., ROBLEDO, y LÓPEZ-BUEIS, I. (1996); «Ritual y dieta alimenticia: la necrópolis celtibérica de Numancia», *Numantia*, 6, pp. 31-44.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., DE LA TORRE ECHÁVARRI, J.I., BERZOSA DEL CAMPO, R. y GRANDA RUBIO, R. (e.p.); «El utillaje de hierro en Numancia y su información económica», en Burillo, F. (Coord.), *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía (Daroca, Zaragoza, Septiembre, 1997)*.
- LOMAS SALMONTE, F.J. (1980); «Pueblos celtas de la Península Ibérica», en *Historia de España Antigua, I. Protohistoria*, Madrid, pp. 83-110.
- LORRIO ALVARADO, A.J. (1997); *Los Celtíberos. Complutum Extra*, 7, Madrid.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1954); «Los pueblos de la España céltica», en Menéndez Pidal, R. (Dir.), *Historia de España*, I-3, Madrid (4ª Edic. 1982), pp. 1-194.
- MANRIQUE MAYOR, M.A. (1980); *Instrumentos de hierro de Numancia*, Madrid.
- MAÑANES PÉREZ, T. (1986); «La alimentación en la Antigüedad en Castilla y León», en *El libro de la Gastronomía de Castilla y León*, León, pp. 35-56.

- MAÑANES PÉREZ, T. (1991); «Vacceos», en Solana Sainz, J.M^a. (Ed.); *Las entidades étnicas de la Meseta Norte de Hispania en época prerromana (Anejos de Hispania Antigua)*, Valladolid, pp. 235-269.
- MARISCAL ÁLVAREZ, B. (1995); «Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de El Soto de Medinilla (campana de 1989-90) y El cerro de la Mota en Medina del Campo, Valladolid», en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp. 337-356.
- MARISCAL ÁLVAREZ, B., CUBERO CORPAS, C., y UZQUIANO OLLERO, B. (1995); «Paisaje y recursos del valle del Duero durante el primer milenio a.C. a través de la paleobotánica», en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp. 417-454.
- MARTÍN VALLS, R. (1984); «Prehistoria palentina», en González, J. (Dir.); *Historia de Palencia. Edades Antigua y Media*, Palencia, pp. 15-53.
- MARTÍN VALLS, R., ESPARZA ARROYO, A. (1992); «Génesis y evolución de la cultura celtibérica», en Almagro Gorbea, M./Ruiz Zapatero, G. (Eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, pp. 259-279.
- MINGOTE CALDERÓN, J.L. (1996); *Tecnología agrícola medieval en España. Una relación entre la etnología y la arqueología a través de los aperos agrícolas*, Madrid.
- PAREDES GUILLÉN, V. (1888); *Historia de los framontanos celtibéricos desde los más remotos tiempos hasta nuestros días*, Plasencia.
- PÉDECH, P. (1964); *La méthode historique de Polybe*, París.
- PÉREZ VILATELA, L. (1989); «Itinerario de Polibio en Hispania Ulterior», *Actas VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, III, Madrid, pp. 251-256.
- PÉREZ VILATELA, L. (1991-92); «El primer pleito de aguas en España: el bronce latino de Contrebia», *Kalathos*, 11-12, pp. 267-279.
- PLÁ BALLESTER, E. (1968); «Instrumentos de trabajo ibéricos en la región valenciana», *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, pp. 143-190.
- RAMOS LOSCERTALES, J.M^a. (1941); *El primer ataque de Roma contra Celtiberia (Discurso leído en la apertura del curso académico 1941-1942. Universidad de Salamanca)*, Salamanca.

- REDONDO RODRÍGUEZ, J.A. (1984); «Algunas consideraciones acerca de la romanización de los vettones en el sureste cacereño», *Norba*, 5, pp. 69-79.
- REYNOLDS, P.J. (1990); *La agricultura en la Edad de Hierro*, Madrid.
- ROMERO CARNICERO, F. (1992); «Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la primera Edad del Hierro», en Baez Mezquita, J. (Coord.), *Arquitectura popular en Castilla y León. Bases para su estudio*, Valladolid, pp. 175-211.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRRO, Z. (Eds.) (1993); *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M^a.L. (e.p.); «Estrategias de subsistencia en la cuenca media del Duero durante la Edad del Hierro», en Burillo, F. (Coord.), *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía (Daroca, Zaragoza; septiembre, 1997)*.
- RUIZ ZAPATERO, G., LORRIO ALVARADO, A., MARTÍN HERNÁNDEZ, M. (1986); «Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro. Aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico», *Arqueología Espacial. Coloquio sobre el microespacio*, 9, Teruel, pp. 79-101.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1991); «La economía celtibérica», en *Los celtas en la Península Ibérica. Monográfico de Revista de Arqueología*, pp. 72-75.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., SAN MIGUEL MATÉ, L.C., BARRIO MARTÍN, J., CELIS SÁNCHEZ, J. (1995); «El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero», en Burillo, F. (Coord.), *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre Celtíberos (Daroca, 1991)*, Zaragoza, pp. 337-367.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (1982); *La organización tribal de los Vettones (Pueblos prerromanos de Salamanca)*, Salamanca (2^aedic., 1986).
- SALINAS DE FÍAS, M. (1989); «Sobre las formas de propiedad comunal de la cuenca del Duero en época prerromana», *Veleia*, 6, pp. 103-110.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (1990); «El colectivismo agrario de los vacceos: una revisión crítica», *Actas del I Congreso de Historia de Zamora*, vol.II, Zamora, pp. 429-435.
- SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1995); «Civitas y secundarización de la producción: ¿Las claves de interpretación del modelo de poblamiento vacceo?», en Burillo, F. (Coord.), *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos (Daroca, 1991)*, Zaragoza, pp. 373-380.

- SAN MIGUEL MATÉ, L.C., ARRANZ, J.C., GÓMEZ, M.A. (1995); «Novedades urbanísticas en hábitats vacceos», en Burillo, F. (Coord.); *El poblamiento celtibérico. III Simposio sobre Celtíberos (Daroca, 1991)*, Zaragoza, pp. 381-387.
- SANAHUJA YLL, M.E.. (1971); «Instrumental de hierro agrícola e industrial de la época ibero-romana en Cataluña», *Pyrenae*, 7, pp. 61-110.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, L.A. (1991); *Sayago. Ganadería y comunalismo agropastoril*, Zamora.
- SÁNCHEZ MORENO, E. (1995); «El origen de los vetones en la historiografía española del s.XX. ¿Implantación o formación?», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua*, 8, pp. 475-499.
- SÁNCHEZ MORENO, E. (1997); *Meseta occidental e Iberia exterior. Contacto cultural y relaciones comerciales en época prerromana*. Tesis doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
- SÁNCHEZ MORENO, E. (e.p.); «Los vacceos en las fuentes literarias. Historia, geografía y etnografía de una entidad prerromana a ojos de los clásicos», *Hispania Antiqua*.
- SANCHO ROYO, A. (1973); «En torno al *Bellum Numantinum* de Apiano», *Habis*, 4, pp. 23-40.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (e.p.); *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Paredilla de Duero (Valladolid)*, Valladolid.
- SEGARRA CRESPO, D. (1997); «La alteridad ritualizada en la ofrenda», *Habis*, 28, pp. 275-298.
- TABERNERO GALÁN, C., JIMENO MARTÍNEZ, A., MARTÍNEZ NARANJO, J.P. y COLLADO PALOMO, J.M. (e.p.); «La dieta alimenticia de los numantinos», en Burillo, F. (Coor.), *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía (Daroca, Zaragoza; septiembre, 1997)*.
- TÉLLEZ, R. y CIFERRI, F. (1954); *Trigos arqueológicos de España (Spanish archaeological wheats)*, Madrid.
- TOVAR LLORENTE, A. (1977); «El nombre de celtas en Hispania», *Homenaje a García Bellido, III, Universidad Complutense*, 26, 109, pp. 163-178.
- VÁZQUEZ VARELA, J.M^a. (1986); «Dieta real y dieta imaginaria», en Bermejo Barrera, J.C., *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, 2. Madrid, pp. 231-240.
- VIGIL PASCUAL, M. (1973); *Historia de España Alfaguara, vol. I, Edad Antigua*, Madrid.

- VIGIL PASCUAL, M. (1990); *Historia de España. Edad Antigua*, Madrid.
- VIÑAS Y MEY, C. (1959); «Apuntes sobre historia social y económica de España», *Arbor*, 43, pp. 49-73.
- WATTENBERG SANPERE, F. (1959); *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, Madrid.
- YLL, R. (1995); «Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de Soto de Medinilla, La Era Alta y La Mota (Valladolid)», en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Morales Muñiz, A. (Eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid, pp. 357-370.

Notas

- (1) Sobre los vacceos véase el trabajo clásico de F. Wattenberg (1959) y las aportaciones tradicionalistas de A. González-Cobos (1989) y T. Mañanes (1991). Desde el plano arqueológico son de gran interés las recientes y meritorias obras integradoras editadas por F. Romero *et alii* (1993) y G. Delibes *et alii* (1995). Hace poco que hemos llevado a cabo un análisis comentado de las fuentes literarias sobre los vacceos (Sánchez Moreno, e.p.).
- (2) «El más culto de los pueblos vecinos de los celtíberos es el de los vacceos. Cada año se reparten los campos para cultivarlos y dan a cada uno una parte de los frutos obtenidos en común. A los labradores que contravienen la regla se les aplica la pena de muerte» (Diodoro, V, 34, 3).
- (3) Un tratamiento historiográfico mucho más intenso y acertado que el que podamos hacer aquí se encuentra recogido en Domínguez Monedero (1988) y Salinas (1989; *id.*, 1990).
- (4) Una revisión crítica para el caso del origen de los pueblos prerromanos de la meseta occidental en Sánchez Moreno (1995).
- (5) En cierta forma V. Paredes Guillén ya se había referido a la complementariedad entre agricultura y ganadería trashumante, sugiriendo que los campos se trabajaban en común por unas pocas manos pues otra parte de la población trashumaba con los ganados, los propios y los de aquellos que ese año trabajaban el campo. Las labores rotaban cada año (los que habían cultivado la tierra se convertían en pastores la siguiente temporada y viceversa), pero la cosecha siempre se ponía en común de igual forma que de la trashumancia se beneficiaba la totalidad del ganado (Paredes, 1888: 42-43).
- (6) La extensión de la explotación colectiva de la tierra a los vetones sigue siendo mantenida por diversos autores. Así, Redondo (1984: 72); de Francisco Martín (1989: 78-79 y 232-233), coexistiendo con la privada; Vigil (1990: 227); etcétera.
- (7) Viene siendo habitual señalar las comarcas del occidente zamorana de Tierra de Sayago y Campo de Aliste como zonas de pervivencia marginal del colectivismo agrario hasta bien entrado el siglo XX (Costa, 1983, II: 100-118, 145-152; Cabo, 1956; Sánchez Gómez, 1991).
- (8) Sobre Polibio, Pédech (1964). Entre otros, Caro Baroja (1986: 15-34), Tovar (1977: 167) y Gómez Espelosín *et alii* (1995: 48-53) revisan el trasfondo y las circunstancias

de la obra polibiana, tenida por primer testimonio directo en el conocimiento antiguo peninsular. El último de estos trabajos recoge bibliografía específica y actualizada al respecto. Para la presencia y recorrido de Polibio en Hispania véase Pérez Vilatela (1989).

- (9) En el mismo la noticia del sistema de trabajo vacceo nos viene dada a partir de la referencia inicial a los celtíberos (Diodoro, V, 34, 3): «el más culto de los pueblos vecinos de los celtíberos es el vacceo...», pasando a describir a continuación su régimen agrícola. Tal vez esta circunstancia de mencionar a los vacceos *a propósito* de los celtíberos, se explicaría porque la fuente original polibiana pudo hacer acopio de la noticia sobre los vacceos en relación a su papel auxiliador para con los celtíberos, protagonistas principales del relato original.
- A otra deducción podríamos llegar en caso de tener la certeza de que la noticia fuera transmitida inicialmente por Filino de Agrigento, Sósilo de Esparta o Sileno de Caleacte, algunos de los ilustrados helenos que acompañaron a Aníbal como cronistas (Nepote, *Hannibal*, XIII, 3; Diodoro, XXIII, 9, 1), y que Diodoro la recogiera directamente de ellos o a través de Polibio, quien podría haber tenido acceso más fácil a las obras de aquellos. La verificación de esta tesis, de momento en suspense pues ni Diodoro cita las fuentes que utilizó ni se nos conservan apenas los comentarios de Polibio sobre los pueblos meseteños, supondría admitir, como sugiere Domínguez Monedero (1986), que al menos desde el tercer tercio del s.III a.C. (momento en el que la misión bárquida toma contacto con los pueblos del Duero medio) la economía agrícola vaccea se caracterizaba por ese peculiar régimen laboral.
- (10) Una postura extrema es la de J. M. Alonso-Núñez (1987: 11) que no da crédito a la noticia de Diodoro. Este autor contrasta la información suministrada por el historiador siciliota con la obra de Estrabón (según él más fiable) y como no aparece mencionado el particular sistema vacceo, acaba desconfiando de Diodoro y rechaza el colectivismo agrario. No obstante, recopila varias referencias clásicas sobre agricultura comunal practicada por otros pueblos antiguos (Alonso-Núñez, 1987: 12).
- (11) La elección del verbo no es aleatoria. Que se documente no quiere decir que se origine o que nazca en ese mismo momento, matiz que implicaría una posición mucho más definida sobre la génesis del colectivismo vacceo la cual no estamos en situación de asumir.
- (12) Wattenberg (1959: 31, 38) habla, significativamente, del «*complejo del trigo*», como base de la subsistencia y prepotencia económicas de los vacceos, quienes por la entrega de cereales a los arévacos recibirían en intercambio hierro de los celtíberos,

tan escaso en la cuenca central del Duero; también desarrollado en González-Cobos (1989: 160-163, 237) que sigue al primero.

Sobre las distintas formas de contacto desplegadas por los pueblos prerromanos de la meseta en general, y en particular sobre las bases del intercambio comercial que unió intensamente a vacceos y arévacos, por detrás del desnudo eco a las alianzas inter-étnicas que proporcionan los textos clásicos, *vide* Sánchez Moreno (1997: 305-310, 739-751 y 761-779).

- (13) Sobre las *razzias* de los pueblos septentrionales y sus problemas agrícolas, *vide* Iglesias Gil, 1992.
- (14) El estudio arqueológico de la Segunda Edad del Hierro en la cuenca media del Duero es uno de los campos que mayor avance ha desarrollado en los últimos años. Los trabajos de excavación y prospección de hábitats y necrópolis así lo demuestran. Entre los primeros cabe señalar enclaves de la importancia de Roa de Duero (Burgos), Palenzuela (Palencia), Coca (Segovia), Cuéllar (Segovia), La Mota de Medina del Campo (Valladolid), Melgar de Abajo (Valladolid), Montealegre de Campos (Valladolid), Cuestacatro en Mota del Marqués (Valladolid), Las Quintanas-Carralaceña en Padilla de Duero (Valladolid), Simancas (Valladolid), Soto de Medinilla (Valladolid), Nuestra Señora de Tiedra (Valladolid) o Las Quintanas-Zorita en Valoria la Buena (Valladolid), por no citar más que los más relevantes. Concerniente a las necrópolis, el caso mejor estudiado es el cementerio de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid), al que hay que añadir los conjuntos de Palenzuela (Palencia) y Erijuelas de San Andrés (Cuéllar, Segovia), más parcialmente dados a conocer. Con el sesgo que supone resumir un conjunto material tan denso como el que reproduce el Hierro II en la cuenca sedimentaria del Duero en dos líneas, y a pesar del mismo, los distintivos principales que mejor advierten a la arqueología vaccea a nuestro juicio son: 1) La consolidación de formas de vida urbanas puestas de manifiesto en el *oppidum* —como continente físico, pues habría que hablar de *civitas* si buscamos el contenido humano— como patrón de asentamiento vinculante a gentes y territorio. 2) La ritualización elaborada que un interés creciente en el estudio del ámbito funerario define en las necrópolis de cremación vacceas. 3) La evidente expresividad en la morfología cerámica. 4) El protagonismo del estilo peinado impreso, y tras él de algunos motivos estampillados, como definidores de una evolución cerámica propiamente vaccea; en la que hay incluir una potente producción de cerámicas a torno pintadas (*celtibéricas*). 5) El puñal del tipo Monte Bernorio como la variedad más característica del tenue armamento vacceo. 6) Los depósitos de joyas y otros elementos fundamentalmente argénteos, crisoles donde fundir riqueza so-

cial, desarrollo tecnológico, sensibilidad artística y valores económicos. Como últimas síntesis generales con referencias a bibliografía anterior, *vide* Romero *et alii* (1993), Delibes *et alii* (1995), Sacristán *et alii* (1995) y Sanz (e.p).

- (15) Sin embargo no están del todo claros los criterios de distribución de los tipos de planta en los yacimientos, si bien las estructuras circulares parece que se hallan en áreas periféricas, ni la explicación funcional de tal variedad (Ruiz Zapatero *et alii*, 1986). Al respecto, F. Romero (1992) piensa que por lo general la planta rectangular se corresponde con una ocupación de vivienda, mientras que la circular debe vincularse con una funcionalidad de almacén o despensa. Otras voces sugieren que la clasificación no siempre es tan exacta, y que ha de hacerse en función de la localización del hábitat y de la consistencia de su construcción (San Miguel *et alii*, 1995). Heredero (1993: 300), a tenor del caso concreto de Montealegre, deduce que ambos tipos de planta pueden ser viviendas al margen de su ubicación y material constructivo empleado, a las que se pueden añadir estancias auxiliares de almacén con una planta diferenciada. Así pues, las opiniones vertidas sobre las plantas circulares son plurales (¿lugar de trabajo?, ¿barrios marginales?, ¿espacios de almacén?, ¿campamentos provisionales?...), pero en todas suele ser común la orientación económica y el efecto que deparan en la población que hace uso de tales estructuras. Desde este punto de vista, y aunque señalado de forma difusa, este rasgo urbanístico constituye un nuevo dato a favor de la complejidad socio-económica de las comunidades vacceas, traducida en este caso en la puesta en funcionamiento de edificios alternos en su arquitectura y, muy probablemente, también en su uso funcional. Por otra parte, la convivencia de plantas rectangulares y circulares está igualmente documentada en otros ámbitos meseteños coetáneos, como el yacimiento carpetano de Cerro Redondo (Fuente del Saz, Madrid) (Blasco/Alonso, 1985; *eaed.*, 1986-87), ubicado sobre una terraza del río Jarama, en un terreno de clara vocación agrícola.
- (16) Langa de Duero, Izana, Calatañazor, Tiermes, Numancia, La Mercadera, Arcobriga, Aguilar de Anguita, Luzaga... (Manrique, 1980; Barril, 1992; Lorrio, 1997; Jimeno *et alii*, e.p.).
- (17) Las Cogotas, El Raso, Villasviejas del Tamuja en Botija... (Cabré, 1930: 98-103; Fernández Gómez, 1986: 454-456; Hernández *et alii*, 1986-87).
- (18) La Bastida, Ullastret, La Creueta, Puig Castellar, Covalta, El Malacón, Sant Miquel de Sorba en Montmajor, Sant Miquel de Vallromanes, La Massana, Torre dels Encantats, La Costa de la Vila... (Plá Ballester, 1968; Sanahuja, 1971; Auladell, 1993).

- (19) ¿Podría existir una relación entre la ausencia de santuarios en el mundo vacceo, pues no se han documentado todavía ni en áreas rurales ni en el interior de los hábitats (insuficientemente excavados), y la no identificación de instrumental agrícola, en el sentido de que en el contexto del espacio sacro vacceo pudiera hallar un destacado lugar el utillaje agrícola como exvoto simbólico y propiciatorio de la riqueza económica de aquellas gentes (de forma parecida a lo que representan los ajuares minituarizados en las necrópolis vacceas)?... La respuesta es, a día de hoy, imposible de argumentar con datos concretos.
- (20) Esta última está atestiguada de forma exigua por análisis carpológicos de M. Hopf en los años 60 sobre muestras de los conjuntos antiguos de El Soto de Medinilla.
- (21) Algo parecido desprenden los estudios osteológicos practicados sobre 23 de las 150 tumbas exhumadas en la necrópolis celtibérica de Numancia (Jimeno *et alii*, 1996: espc. 39-42). El análisis de elementos traza de los componentes químicos (oligoelementos) de los restos de hueso cremados determina que la dieta alimenticia de aquellos individuos (únicamente las gentes analizadas, una muestra minoritaria en relación al total de sepulturas conocidas) responde a un patrón de alimentación sustancialmente herbívoro. El componente vegetal de la dieta representa aproximadamente el 58,4 %, mientras que el cárnico se limita al 28%. Tales datos son propios de una economía agrícola o mixta, basada fundamentalmente en productos vegetales, muy probablemente en un consumo frecuente de frutos secos (bellotas) también, y con una contribución alimenticia pobre en carne. (Para una mayor profundización, Taberner *et alii*, e.p.).
- (22) La cautela debe estar presente en el manejo de la información de ciertos pasajes clásicos. Si sólo acudiéramos a Estrabón para conocer la dieta alimenticia de los pueblos de la Hispania indoeuropea, poco menos que extraeríamos la conclusión de que durante tres cuartas partes del año estos pueblos *bárbaros* se malnutrían únicamente de bellotas, —pan de bellota— (en vez de harina de trigo), de manteca (en lugar de aceite), de cerveza (en claro contraste frente al vino), y de carne de cabrón (Estrabón, III, 3, 7). La intencionalidad del geógrafo de Amasia queda de nuevo puesta de manifiesto. El hecho de que tales productos estuvieran presentes frecuentemente en su alimentación, como muestra la arqueología, no significa que fueran la dieta exclusiva. Los análisis plaeobotánicos y plaeofaunísticos comprueban una oferta alimenticia en productos agrícolas y en carnes suficientemente variada (Delibes *et alii*, 1995), al igual que otros datos literarios (Mañanes, 1986). Sobre este aspecto de la alimentación, ampliable al de las maneras en la mesa, como

instrumentos demagógicos en manos de la historiografía al servicio del poder romano han llamado la atención González Rodríguez (1988: 184-185) y Vázquez Varela (1986). Este último sintetiza: «la discrepancia entre lo narrado y lo comido es notable (...) pues a una alimentación real, la que hemos descrito en base a diferentes fuentes, se corresponde la imaginaria que nos describe Estrabón» (Vázquez Varela, 1986: 237).

- (23) La suma de datos de los diferentes estudios paleobotánicos determina que el conjunto del paisaje vacceo, a grandes rasgos, estaba formado fundamentalmente por cuatro medios escalonados: a) una zona boscosa compuesta por árboles caducifolios, perennifolios y aciculifolios (encina, carrascal, quejigo, alcornoque..., junto a hayedos, castaños y enebros), arbustos, matorrales y todo el cortejo de herbáceas del sotobosque; b) una zona lagunar de ríos, arroyos y humedades, caracterizada por los bosques riparios o de galería (sauces, alisos, chopos, juncos...) y las especies higrófitas o semi-acuáticas; c) una extensa área antropizada influida directamente por las actividades tanto agrícolas como ganaderas, y poblada sobre todo por gramináceas (trigo, cebada y avena), plantas relacionadas con los cultivos (ajos, leguminosas...), plantas aromáticas y medicinales (lavanda, espliego, cantueso, vencetósigo...) y especies nitrófilas (llantén, ortigas...); y d) enclaves deforestados y degradados, con recortes de melojares o rebollares y amplia difisión de malas hierbas, retamas, brezos y lentiscos, todo ello debido a la eliminación del bosque para usos productivos, como pueden ser prácticas minero-metalúrgicas y alfareras, además de las tradicionales y crecientes labores agro-pecuarias (Mariscal *et alii*, 1995: 424-427). Se trata de una vegetación parecida a la actual sin grandes cambios a excepción de la fuerte antropización que sufre la zona desde época medieval hasta el presente y que desdibuja en parte la imagen del paisaje vacceo como un espacio vegetal variado y ampliamente arbolado. Se ha perdido el dominio de algunas especies como encinas y robles, a favor de mayores extensiones de flora herbácea. Asimismo los bosques perennifolios y caducifolios, el sotobosque y las especies de ribera han sido sustituidos por arbustos, plantas herbáceas y especies relacionadas con prácticas agrícolas y ganaderas (Calonge, 1995b).
- (24) Recuérdese por ejemplo la enorme cisterna de agua mencionada por Apiano (*Iber.*, 54), a la que se precipitan los romanos después de que Lúculo atacara *Intercatia* en el 151 a.C., pereciendo buena parte del ejército. La cuenca sedimentaria castellano-leonesa todavía resguarda en nuestros días charcas y lavajos que debieron ser abundantes antaño, antes de que se iniciara el actual proceso de desecación que caracteriza al medioambiente castellano (Cabero *et alii*, 1987; Calonge, 1995a).

- (25) Un ensayo teórico aparecido hace bien poco ofrece nociones generales sobre algunos de estos aspectos (Mariscal *et alii*, 1995: 434-440). Dichas apreciaciones resultan de interés para entender el (posible) funcionamiento de la agricultura antigua en general y de la vaccea en particular. La manera de trabajar el campo se define como una labor compuesta, escalonada en varias fases: 1) Preparación del terreno para su conversión en campo de cultivo o labor de alzada (tala y quema). 2) Labor de arada (aireo de la tierra, desempaque de trozos compactos de tierra o terrones, eliminación de malas hierbas...). La roturación del suelo dependerá del sistema de arado empleado que es lo mismo que decir la categoría del instrumental (manual a base de azadas y variantes o con arado de tracción animal, con yuntas de bueyes asidos, muy probablemente el más frecuente). Según Caro Baroja (1986: 62) el arado empleado por los vacceos fue el de cama curva, de filiación mediterránea (una actualización sobre los arados de la protohistoria final meseteña en Barril, e.p., con propuesta tipológica y distribución regional; esta autora se inclina por el predominio de los arados dentales en el interior de la Hispania prerromana). También actúan como condicionantes la calidad de la tierra y el tipo de cultivo que exige una profundidad determinada del surco. 3) Labor de siembra (selección de simientes, cava y bina). Hay distintos tipos de siembra: a golpe (la más común para simientes gruesas, la semilla es depositada manualmente en un hoyo abierto en la tierra), a chorillo (siembra lanzada sobre surcos labrados paralelamente por yuntas de bueyes, su uso es propio de cereales y simientes de poco grosor), a voleo o por puñadas (arrojar las semillas sobre la tierra sin previa preparación). La bina consiste en mullir el terreno alrededor de las plantas para aprovechar mejor la humedad atmosférica. 4) Labor de cosecha: puede ser con siega (alta o baja) o de raíz, dependiendo del producto. Trabajo facilitado por herramientas precisas: hoces, guadañas, hachuelas, chozos, etc. (Mingote, 1996). 5) Labor de trilla: desarticular los frutos con el fin de obtener semillas; esta actividad ya se realizaría en las proximidades del poblado. El sistema principal es el aventado, que separa la paja y los tallos de los granos utilizando horcas, bieldos y zarandas de mano; a veces se asegura la limpieza con el uso de la criba. Con un fin más específico se emplea el trillo. El subproducto del aventado (vainas de legumbres, tallos, glumas...) puede servir de alimento para el ganado doméstico. Una parte del grano depositado en la era después del aventado o en los tamices se separaría para plantel o sementera, probablemente los ejemplares de mayor tamaño. 6) Labor de almacenamiento del grano. Responde a la necesidad básica de conservar la cosecha, en corto o largo plazo, en previsión para momentos de carestía, otra parte de la misma para ser utilizada en la siembra de la siguiente temporada, e incluso para la exportación y comercio, actividad que ve-

mos factible en las comunidades vacceas. Así se levantan estructuras destinadas a esa función de despensa, tanto aéreas como subterráneas, bien con material orgánico o con volúmenes inorgánicos: almacenes, silos, hórreos, que han de evitar la humedad y a los que ya nos hemos referido. En las sociedades antiguas los cereales suelen almacenarse juntos y ello puede indicar que eran consumidos de forma combinada; su mezcla puede ser debida a un cultivo conjunto de tipos diferentes de cereales en un mismo campo, o a la mezcla de distintos granos después de la cosecha.

En cuanto a los sistemas de cultivo (Mariscal *et alii*, 1995: 440-441), cabe destacar de entrada el barbecho (intervalo en la sucesión de cultivos), de distinto tipo: el más primitivo de año y vez o de dos hojas, el de rotación bianual, o el más frecuente de periodización plurianual, etc. Esta aplicación como es bien sabido contribuye a la oxigenación y restitución de los suelos, al tiempo que facilita pastos auxiliares para el ganado. Otra modalidad tradicional es la rotación de cultivos (variación de cultivos con distinto intervalo —bienal, trienal...—) que posibilita un aprovechamiento más intensivo de la parcela agrícola. La utilización continuada del suelo agrícola puede abrir el camino hacia cultivos intensivos con intervención de especies que regeneran el suelo —como las leguminosas— o el uso de abonos y relegar así el barbecho. La práctica de regadío, de la que ya hemos hablado, supone una variante de cultivo. Por último el policultivo, como uso agrícola muy diversificado que tiende a abastecer al agricultor de todos los productos agrícolas que necesita. Se trata de un sistema por lo general destinado al consumo y no a la exportación comercial. En sentido parecido podemos asumir para los antiguos pueblos mesetanos el consumo de cereales con la recolección de frutos silvestres como las bellotas. Resulta harto difícil detallar los sistemas que pudieron estar en uso en la meseta occidental prerromana, se ha sugerido el barbecho como recurso habitual y la rotación cerealística intensiva en las campiñas vacceas. Sin embargo ni la arqueología ni las fuentes literarias verifican estas suposiciones. Para estas cuestiones véase la aproximación general de Reynolds (1990) a la agricultura en la Edad del Hierro europea.

- (26) En claro contraste, la opinión dominante en las comunicaciones y debates producidos en el marco del reciente, ya varias veces aludido, *IV Simposio sobre los Celtíberos* dedicado al tema monográfico *Economía* (Daroca, Septiembre 1997; actas en prensa), era muy otra; especialmente en la ponencia sobre agricultura y recolección. Quizá debido a la superioridad en número de los trabajos de metodología arqueológica frente a los *estrictamente históricos*, el dictamen del congreso fue, como tendencia general, acatar la información analítica de las muestras arqueológicas, muchas veces

para desmentir a las fuentes literarias, tachando al testimonio clásico de mitificador de la realidad. Un ejemplo: los análisis practicados en muestras palinológicas y osteológicas de Numancia apuntan hacia un predominio de la dieta vegetal y de productos recolectados, en detrimento de la ganadería e incluso de una agricultura especializada... ¿Tienen estos datos referidos a un nivel concreto y a una muestra sesgada en el tiempo y en el espacio, potestad suficiente para elevarse como deducciones globales válidas para la sociedad celtibérica en general, o siquiera para la ocupación de varios siglos de aquel yacimiento soriano?

Sin caer en el extremo opuesto y lejos de menospreciar el interés y las posibilidades que abren los trabajos analíticos, nuestra postura rompería una lanza a favor de la integración de datos de distinta naturaleza en lo posible (superando la contradicción y la incompatibilidad sistemáticas que muchos autores prescriben), a la que se puede llegar si leemos la información con sus limitaciones en sus respectivos y diferenciados planos, y sin supeditar de entrada el valor del testimonio a la jerarquía de una fuente sobre otra.

Reflexiones críticas sobre el valor y los problemas de los textos clásicos para el estudio de los pueblos prerromanos se hallan en las interesantes propuestas de T. C. Champion (1985), para Centroeuropa, y de M. V. García Quintela (1991) para el caso hispano. Un ejemplo sobre las distintas posibilidades de lectura en el caso concreto de la economía celtibérica, en Ruiz-Gálvez (1991).